

## 10/10

Un hombre estaba saliendo de una oftálmica. Estaba contento, pues al fin le habían dado sus nuevas gafas que tanto necesitaba: había aumentado su medida a 10 en cada ojo.

Se sentó entonces a descansar en una de las áreas verdes de un parque, en un sitio parecido a una pequeña colina. Se acercaba el atardecer y miraba hacia el entrañable panorama que ofrecía el horizonte.

De repente, mientras fijaba su mirada hacia el ocaso, vio un pequeño punto negro.

—Debe ser una pequeña mancha en los lentes —pensó.

Se quitó los lentes para revisar las lunas, pero no había nada extraño. Quizá era su imaginación; además, no tenía con qué limpiarlos y tampoco quería estropearlos pasándolos por un lado de su camisa. Se puso los lentes nuevamente; pero, no solamente el punto seguía ahí, sino que era un poco más grande. Repitió la acción anterior: se los quitó, revisó las lunas, no encontró nada anormal y se las puso nuevamente.

Ahora el punto era notoriamente más grande en comparación a unos instantes. Ya algo preocupado, decidió limpiarlos: los empañó con su aliento y repasó las lunas con fuerza sobre su camisa.

—Supongo que ahora estará bien —se dijo a sí mismo.

Volvió a ponerse las gafas y, nuevamente, solo se encontró con que el punto era cada vez más grande.

Bastante asustado, miles de ideas pasaron por su cabeza: algún insecto que se posaba sobre su luna coincidentemente cuando se los ponía, algún parásito que se posaba sobre su retina, un objeto volador negro poco usual... incluso un agujero negro.

Estaba a punto de pararse y huir, pero fue demasiado tarde: la bala ya había atravesado su cabeza.